

y ese paladín Roldán,
 también el Dardín Dardeña,
 y ese romano Fincán,
 y ese gastón Angeleros,
 y el fuerte Meridán:
 con ellos va Don Reinaldos,
 y Valdovinos el galán,
 y ese duque Don Estolfo,
 y Malgesí otro que tal;
 las dueñas y las doncellas
 también con ellos se van:
 cinco millas de París
 los hubieron de dejar.
 El conde y condesa solos
 tristes se habian de quedar:
 cuando partirse tenían
 no se podían hablar.
 Llorá el conde y la condesa,
 sin nadie les consolar,
 porque no hay grande ni chico
 que estuviere sin llorar.
 ¡Pues las damas y doncellas,
 que allí hubieron de llegar,
 hacen llantos tan extraños,
 que no los oso contar,
 porque mientras pienso en ellos
 nunca me puedo alegrar!
 Mas el conde y la condesa
 vanse sin nada hablar:
 los otros caen en tierra
 con la sobra del pesar:
 otros crecen más sus lloros
 viendo cuán tristes se van.
 Dejo de los caballeros
 que á París quieren tornar;
 vuelvo al conde y la condesa,

que van con gran soledad
 por los yermos y asperezas
 do gente no suele andar.
 Llegado el tercero día,
 en un áspero bosque
 la condesa de cansada
 triste no podía andar.
 Rasgáronse sus servillas,
 no tiene ya que calzar:
 de la aspereza del monte
 los piés no podía alzar;
 do quiera que el pié ponía
 bien quedaba la señal.
 Cuando el conde aquesto vido,
 queriéndola consolar,
 con gesto muy amoroso
 la comenzó de hablar:
 —No desmayedes, condesa,
 mi bien, queráis esforzar,
 que aquí está una fresca fuente
 do el agua muy fría está:
 reposaremos, condesa,
 y podremos refrescar.—
 La condesa que esto oyera
 algo el paso fué á alargar,
 y en llegando á la fuente
 las rodillas fué á hincar.
 Dió gracias á Dios del cielo,
 que la trujo en tal lugar,
 diciendo:—¡Buen agua es esta
 para quien tuviese pan!
 Estando en estas razones
 el parto le fué á tomar,
 y allí pariera un hijo,
 que es lástima de mirar
 la pobreza en que se hallan

sin poderse remediar.
 El conde cuando vió el hijo
 comenzóse de esforzár ;
 con el sayo que traía
 al niño fué á cobijar ;
 también se quitó la capa
 por á la madre abrigar ;
 la condesa tomó el niño
 para darle de mamar.
 El conde estaba pensando
 qué remedio le buscar,
 que pan ni vino no tienen,
 ni cosa con que pasar.
 La condesa con el parto
 no se puede levantar ;
 tomóla el conde en los brazos
 sin ella el niño dejar,
 súbelos á una alta sierra
 para más lejos mirar.
 En unas breñas muy hondas
 grande humo vió estar,
 tomó su mujer y hijo,
 para allá les fué á llevar.
 Entrando en la espesura
 luégo al encuentro le sale
 un virtuoso ermitaño
 de reverencia muy grande :
 el ermitaño que los vido
 comenzóles de hablar :
 — ¡Oh valgame Dios del cielo!
 ¿Quién aquí os fué á aportar?
 Porque en tierra tan extraña
 gente no suele habitar,
 sino yo que por penitencia
 hago vida en este valle. —
 El conde le respondió

con angustia y con pesar :
 — Por Dios te ruego, ermitaño,
 que uses de caridad,
 que después habremos tiempo
 de cómo vengo, á contar ;
 mas para esta triste dueña
 dame que la pueda dar,
 que tres días con sus noches
 há que no ha comido pan,
 que allá en esa fuente fria
 el parto le fué á tomar. —
 El ermitaño que esto oyera,
 movido de gran piedad
 llevóles para la ermita
 dó él solía habitar.
 Dióles del pan que tenía,
 y agua, que vino no hay :
 recobró algo la condesa
 de su flaqueza muy grande.
 Allí le rogó el conde
 quiera el niño bautizar.
 — Pláceme, dijo, de grado ;
 ¿mas cómo le llamarán ?
 — Como quisieredes, padre,
 el nombre le podréis dar.
 — Pues nació en ásperos montes
 Montesinos le dirán. —
 Pasando y viniendo días,
 todos vida santa hacen ;
 bien pasaron quince años,
 que el conde de allí no parte.
 Mucho trabajó el buen conde
 en haberle de enseñar
 á su hijo Montesinos
 todo el arte militar,
 la vida de caballero

cómo la había de usar,
 cómo ha de jugar las armas,
 y qué honra ha de ganar,
 cómo vengará el enojo
 que al padre fueron á dar.
 Muéstrale en leer y escribir
 lo que le puede enseñar,
 muéstrale jugar á tablas,
 y cebar un gavilán.
 Á veinte y cuatro de junio,
 día era de San Juan,
 padre y hijo paseando
 de la ermita se van;
 encima de una alta sierra
 su suben á razonar.
 Cuando el conde alto se vido,
 vido á París la ciudad.
 Tomó al hijo por la mano,
 comenzóle de hablar,
 con lágrimas y sollozos
 no deja de suspirar.

XVIII•

Montesinos se venga de Tomillas—II

(Anónimo)

Cata Francia, Montesinos,
 cata París la ciudad,
 cata las aguas de Duero,
 dó van á dar en la mar;
 cata palacios del Rey,
 cata los de Don Beltrán,
 y aquella que ves más alta

y que está en mejor lugar
 es la casa de Tomillas,
 mi enemigo mortal.
 Por su lengua difamada
 me mandó el Rey desterrar,
 y he pasado á causa d'esto
 mucha sed, calor y hambre,
 trayendo los piés descalzos,
 las uñas corriendo sangre.
 Á la triste madre tuya
 por testigo puedo dar,
 que te parió en una fuente
 sin tener en qué te echar.
 Yo triste quité mi sayo
 para haber de cobijarte;
 ella me dijo llorando
 por te ver tan mal pasar:
 —Tomes este niño, conde,
 y lléveslo á cristianar;
 Llamédesle Montesinos,
 Montesinos le llamad.—
 Montesinos que lo oyera
 los ojos volvió á su padre;
 las rodillas por el suelo
 empezóle de rogar
 le quisiese dar licencia,
 que en París quiere pasar,
 y tomar sueldo del Rey
 si se lo quisiere dar,
 por vengarse de Tomillas,
 su enemigo mortal;
 que si sueldo del Rey toma
 todo se puede vengar.
 Ya que despedirse quieren
 á su padre fué á rogar
 que á la triste de su madre

él la quiera consolar,
 y de su parte le diga
 que á Tomillas va buscar.
 —Pláceme, dijera el conde,
 hijo, por te contentare. —
 Ya se parte Montesinos
 para en París entrare,
 y en entrando por las puertas
 luégo quiso preguntar
 por los palacios del Rey
 que se los quieran mostrar.
 Los que se lo oían decir
 dél se empiezan á burlar;
 viéndolo tan mal vestido
 piensan que es loco, ó truhán:
 en fin, muéstranle el palacio,
 entró en la sala real,
 halló que comía el Rey,
 don Tomillas á la par.
 Mucha gente está en la sala,
 por él no quieren mirar.
 Desque hubieron ya comido
 al'jedrez van á jugar
 solos el Rey y Tomillas
 sin nadie á ellos hablar,
 si no fuera Montesino
 que llegó á los mirar;
 mas el falso Don Tomillas,
 en quien nunca hubo verdad,
 jugara una treta falsa,
 donde no pudo callar
 el noble de Montesinos,
 y publica su maldad.
 Don Tomillas qu'esto oyera,
 con muy gran riguridad
 levantando la su mano

un bofetón le fué á dar.
 Montesinos con el brazo
 el golpe le fué á tomar,
 y echando mano al tablero
 á Don Tomillas fué á dar
 un tal golpe en la cabeza,
 que le hubo de matar.
 Murió el perverso dañado,
 sin valerle su maldad.
 Alborótanse los grandes
 cuantos en la sala están:
 prendieron á Montesinos
 y queríanlo matar,
 sino qu'el Rey mandó á todos
 que no le hiciesen mal,
 porque él quería saber
 quién le dió tan grande osar;
 que no sin algún misterio
 él no osaría tal obrar.
 Cuando el Rey le interrogara,
 él dijera la verdad.
 —Sepa tu real Alteza
 soy tu nieto natural;
 hijo soy de vuestra hija,
 la que hicisteis desterrar
 con el conde Don Grimaltos,
 vuestro servidor leal,
 y por falsa acusación
 le quisiste maltratar:
 mas agora vuestra Alteza
 puédese d'ello informar;
 qu'el falso de Don Tomillas
 sepan si dijo verdad,
 y si pena yo merezco,
 buen Rey, mándamela dar,
 y también si no la tengo

mandédesme de soltar,
y al buen conde y la condesa
los mandéis ir á buscar,
y los tornéis á sus tierras
como solían estar. —
Cuando el Rey aquesto oyera
no quiso más escuchar.
Aunque veía ser su nieto,
quiso saber la verdad,
y supo que Don Tomillas
ordenó aquella maldad
por envidia que les tuvo
al ver su prosperidad.
Cuando el Rey la verdad supo
al buen conde hizo llamar:
gente de á pié y de á caballo
iban por le acompañar,
y damas por la condesa
como solía llevar.
Llegado junto á París
dentro no quería entrar,
porque cuando dél salieron
los dos fueron á jurar
que las puertas de París
nunca las vieran pasar.
Cuando el Rey aquello supo
luégo mandó derribar
un pedazo de la cerca
por dó pudiesen pasar
sin quebrar el juramento
qu'ellos fueron á jurar:
llévanlos á los palacios
con mucha solemnidad,
y hácenlos muy ricas fiestas
cuantos en la corte están.
Caballeros, dueñas, damas

les vienen á visitar,
y el Rey delante de todos
por mayor honra les dar,
les dijo que había sabido
cómo era todo maldad,
lo que dijo Don Tomillas
cuando lo hizo desterrar;
y porque sea más creído
allí les tornó á firmar
todo lo que antes tenían,
y el gobierno general,
y que después de sus días
el reino haya de heredar
el noble de Montesinos,
y así lo mandó firmar.

XIX

Durandarte moribundo recomienda á Montesinos
que lleve su corazón á Belerma

(Anónimo)

¡Oh Belerma! ¡oh Belerma!
Por mi mal fuiste engendada,
que siete años te serví
sin de ti alcanzar nada;
agora que me querías
muero yo en esta batalla.
No me pesa de mi muerte
aunque temprano me llama;
más pésame que de verte
y de servirte dejaba.
¡Oh mi primo Montesinos!
Lo que agora yo os rogaba,

que cuando yo fuere muerto
y mi ánima arrancada,
vos llevéis mi corazón
adonde Belerma estaba.
y servidla de mi parte,
como de vos yo esperaba,
y traedle mi memoria
dos veces cada semana;
y diréisle que se acuerde
cuán cara que me costaba;
y dadle todas mis tierras
las que yo señoreaba;
pues que yo á ella pierdo,
todo el bien con ella vaya.
¡Montesinos, Montesinos!
¡Mal me aqueja esta lanzada!
El brazo traigo cansado,
y la mano del espada:
traigo grandes las heridas,
mucha sangre derramada,
los extremos tengo fríos,
y el corazón me desmaya;
que ojos que nos vieron ir
nunca nos verán en Francia.
Abracéisme, Montesinos,
que ya se me sale el alma.
De mis ojos ya no veo,
la lengua tengo turbada;
á vos doy todos mis cargos,
en vos yo los traspasaba.
—El Señor en quien creéis
él oiga vuestra palabra.—
Muerto yace Durandarte
al pié de una alta montaña:
llorábalo Montesinos,
que á su muerte se hallara:

quitándole está el almete,
desciñéndole el espada;
hácele la sepultura
con una pequeña daga:
sacábale el corazón,
como él se lo jurara,
para llevarlo á Belerma,
como allí se lo mandara.
Las palabras que le dice
de allá le salen del alma:
—¡Oh mi primo Durandarte!
¡Primo mío de mi alma!
¡Espada nunca vencida!
¡Esfuerzo dó esfuerzo estaba!
¡Quien á vos mató, mi primo,
no sé por qué me dejara!

XX

Batalla contra Marsín

(Anónimo)

Domingo era de Ramos,
la Pasión quieren decir,
cuando moros y cristianos
todos entran en la lid.
Ya desmayan los franceses,
ya comienzan de huir,
¡oh cuán bien los esforzaba
ese Roldán paladín!
—¡Vuelta, vuelta, los franceses,
con corazón, á la lid!
¡Más vale morir por buenos,
que deshonrados vivir!—
Ya volvían los franceses

con corazón á la lid;
 á los encuentros primeros
 mataron sesenta mil.
 Por las sierras de Altamira
 huyendo va el rey Marsin,
 caballero en una cebra,
 no por mengua de rocin.
 La sangre que dél corría
 las yerbas hace teñir;
 las voces que iba dando
 al cielo quieren subir.
 —¡Reniego de ti, Mahoma,
 y de cuánto hice por ti!
 Hícete cuerpo de plata,
 piés y manos de un marfil;
 hícete casa de Meca
 donde adorasen en ti,
 y por más te honrar, Mahoma,
 cabeza de oro te fiz.
 Sesenta mil caballeros
 á ti te los ofrecí;
 mi mujer la reina mora
 te ofreció otros treinta mil.

XXI

Muerte de D. Beltrán en Roncesvalles

(Anónimo)

En los campos de Alventosa
 mataron á don Beltrán,
 nunca lo echaron menos
 hasta los puertos pasar.
 Siete veces echan suertes
 quién lo volverá á buscar;

todas siete le cupieron
 al buen viejo de su padre;
 las tres fueron por malicia,
 y las cuatro con maldad.
 Vuelve riendas al caballo,
 y vuélveselo á buscar
 de noche por el camino,
 de día por el jaral.
 Por la matanza va el viejo,
 por la matanza adelante;
 los brazos lleva cansados
 de los muertos rodear:
 no hallaba al que buscaba,
 ni menos la su señal;
 vido todos los franceses
 y no vido á don Beltrán.
 Maldiciendo iba el vino,
 maldiciendo iba el pan,
 el que comían los moros,
 que no el de la cristiandad:
 maldiciendo iba el árbol
 que solo en el campo nasce,
 que todas las aves del cielo
 allí se vienen á asentar,
 que de rama ni de hoja
 no le dejaban gozar:
 maldiciendo iba el caballero,
 que cabalgaba sin paje;
 si se le cae la lanza
 no tiene quien se la alce,
 y si se le cae la espuela
 no tiene quién se la calce:
 maldiciendo iba la mujer
 que tan solo un hijo pare;
 si enemigos se lo matan
 no tiene quién lo vengar.